

José Francisco Conde Ortega

Octavio Paz:
¿Águila o sol?

EN 1951 APARECE *¿ÁGUILA O SOL?* Ese mismo año José Moreno Villa publica un certero presagio: la mano y algunas muestras atestiguan que Octavio Paz Lozano tenía como destino ser un gran poeta. Moreno Villa no se equivocó; y creo, asimismo, que no sería aventurado afirmar que *¿Águila o sol?*, dentro de la obra poética del autor de *La estación violenta*, se encuentra exactamente a la mitad del camino. Estéticamente es el reconocimiento de influencias y el despegue; y, poéticamente, el encuentro definitivo con una forma de expresión intransferible y única; pero, además, el libro significa, también, la conciencia de todo ello. Finalmente, considerando obsesiones y constancias, implica la fijación de un Arte Poética.

Antes de *¿Águila o sol?* habían aparecido estas “muestras” a las que hizo referencia Moreno Villa: *Luna silvestre*, *No pasarán*, *Entre la piedra y la flor*, *A la orilla del mundo*, *Raíz del hombre*, *Bajo tu clara sombra* y *Libertad bajo palabra* (en 1960 hay una edición con ese título, que incluye casi todo lo publicado hasta entonces). Después la lista parece interminable: *Salamandra*, *Ladera Este*, *Blanco*, *Árbol adentro*, *Primeras letras...* Vasta obra poética que no sería posible entender sin la otra vertiente de Paz —sin mencionar su actividad como traductor—, en muchos sentidos complementaria. Sus ensayos sobre literatura y política completan una visión del mundo en relación con la Palabra, cuya dimensión esclarece y finca con *¿Águila o sol?*

Este año se cumple el primer centenario de su nacimiento. Y del mismo modo que cuando recibió el premio Nobel de Literatura, mucha tinta se ha gastado para cuestionar —por sus relaciones con el poder— o loar irreflexivamente la obra paciana. Una tercera posición ha intentado un deslinde: separar por un lado al poeta y, por otro, al ensayista político. Es posible que no carezca de sentido común este hecho. Hay quien defiende la poesía de Octavio Paz sin dejar de sentir un profundo rechazo por su sesgada lectura del país en relación con los acontecimientos internacionales.

Sin embargo, creo que sería, cuando menos injusto, escindir una obra que ha intentado reflejar los avatares de una vida.

La lectura de los textos de Paz lo muestra como un autor múltiple y diverso. Y una obra puede ser —aunque no en todos los casos— una carta de navegación que registra correcciones, altos, retrocesos y desviaciones; además, una obra tan vasta no puede pasar completa a la posteridad ni recibir el beneplácito de todos. El lector va seleccionando los textos que lo involucran con el autor. Es posible que los lectores de “Himno entre ruinas” o “Piedra de sol”, por ejemplo, sean una mayoría exigente que pudiera, también, deslumbrarse con las opiniones que se encuentran en los ensayos sobre literatura, pero leer con desagrado los libros sobre asuntos políticos, los que —es una impresión— parecen ser poco frecuentados, aun por sus panegiristas.

Una posibilidad de lectura de la obra de Paz para intentar acercarse a su comprensión radica en *¿Águila o sol?* Arriba se dijo que es el libro que se encuentra a la mitad del camino poético del autor de *El laberinto de la soledad*. Es un libro que se halla en medio por tres razones. Las dos primeras ya están enunciadas en el primer párrafo de este texto —el reconocimiento de influencias y la conciencia del despegue— y prefiguran la creación de su Arte Poética; la tercera razón es la que inserta al libro en la tradición de la poesía universal a partir del desarrollo de un método de conocimiento poético. Octavio Paz, conocedor de la tradición de la poesía en español —¿no es, acaso, su bandera crítica la tradición de la ruptura o la ruptura de la tradición: el movimiento?— concibe *¿Águila o sol?*, hasta sus últimas consecuencias, como los místicos españoles concibieron su esfuerzo poético hacia la unión con Dios: la Mística.

San Juan de la Cruz y la santa de Ávila buscaron la unión con Dios. *Las moradas* —y la vida—, “Llama de amor viva”, “Noche oscura del alma” y “Subida al Monte Carmelo” son el trabajo, el descubrimiento y la unión final con la divinidad. Octavio Paz busca el

enlace definitivo con la Poesía. Las tres partes de su libro siguen las vías de la mística para ese propósito: la purgativa, la iluminativa y la unitiva. Los españoles confirman la realidad de una circunstancia histórica: España es la dueña —espiritual y físicamente— del mundo conocido. El mexicano busca reafirmar la aventura estética de los modernistas: América no sólo se independizó políticamente de Europa, sino que el español americano pudo ofrecer experiencias poéticas renovadas y originales.

Como ya se dijo, las tres partes de *¿Águila o sol?*, sin duda, corresponden a las tres vías del conocimiento místico. En cada una de ellas el poeta va recorriendo el camino que lo llevará a encontrarse con la Poesía. Por otra parte, es sintomático que el libro esté escrito en prosa. Es decir, la prosa poética que fluye libremente para que cada palabra tenga su propio peso, sin las ataduras de la forma. Un poco como el libro de la vida de santa Teresa o los comentarios de san Juan a sus propios poemas.

La primera parte de *¿Águila o sol?* se titula “Trabajos forzados” y corresponde a la vía purgativa. Es el momento del castigo, de la purificación, del abandono de lo accesorio para poder llegar a lo esencial. Y qué mayor castigo puede infligirse un poeta que reconocer sus influencias. Hasta antes de este libro, las otras colecciones de poemas de Paz conquistaron muchas simpatías, y aún en estos días hay quien prefiere su frescura y su calor de humanidad. En ellos se pueden advertir influencias, sobre todo de la poesía en español: la “soledad sonora” de Juan de Yépez, la disciplina genial de Góngora y Quevedo, la modernidad de Garcilaso, la apropiación del surrealismo de Alberti, Gerardo Diego y Jorge Guillén, la libertad en la imagen de Vicente Huidobro, Macedonio Fernández y Mariano Brull... acaso el siempre impredecible Juan Ramón Jiménez.

“Trabajos forzados” plantea una manera de castigarse con la palabra. Encontrarla de pronto, reponerse de la sorpresa y tirar “desesperadamente de esas hebras

que se alargaban hacia el infinito...” Después dice el poeta: “Me quedé solo en mitad de la calle, con una pluma roja entre las manos amoratadas.” Quizás sea una manera de decir que el “ruido está lleno de silencios”, para buscar “un solo verso inmenso, hecho nada más de una sílaba, que rim(e) con el golpe de mi corazón.” Es decir, castigarse con el reconocimiento de los “otros ruidos”; pero saber escuchar la Palabra por la que puede juzgarse la vida. Finalmente romper los lazos con el lenguaje —“ese cordón umbilical que nos ata al abominable vientre rumiante”— para volver a crearlo, para volver a afianzarse en el mundo.

Tal vez la parte más dolorosa de esa purgación sea reconocer que “los cantos que no dije, los cantos del arenal, los dice el viento de una sola vez, en una sola frase interminable, sin principio, sin fin y sin sentido.” Es decir, sentir el dolor de asomarse al abismo y no estar seguro de querer retroceder. Mejor: pensar que ese abismo es el último sacrificio para llegar a la iluminación en el “grito, surtidor de plumas de fuego, herida resonante y vasta como el desprendimiento de un planeta del cuerpo de una estrella, oh caída infinita en un cielo de ecos, en un cielo de espejos que te repiten y destrozan y te vuelven innumerable, infinito y anónimo.” Y listo ya el poeta, después del sacrificio viene la luz que comienza a delinear los contornos de la Palabra a la que se quiere llegar.

“Arenas movedizas” se titula la segunda parte del libro. Y ésta puede identificarse con la vía iluminativa. Cuando ha pasado el proceso de expiación o aprendizaje, se avizora el territorio por conquistar. La parte más difícil se ha cumplido; sin ella no habría sido posible la contemplación y el ajuste de cuentas.

Durante la unión, san Juan de la Cruz entróse donde no sabía y quedóse no sabiendo. Octavio Paz entra a un terreno ya reconocible. Entiende sus influencias, sus “otros ruidos” y descubre que las que han permanecido en él son voces americanas. Creo que no es aventurado afirmar que Borges, Macedonio Fernández y Neruda se advierten en los textos de este apartado.

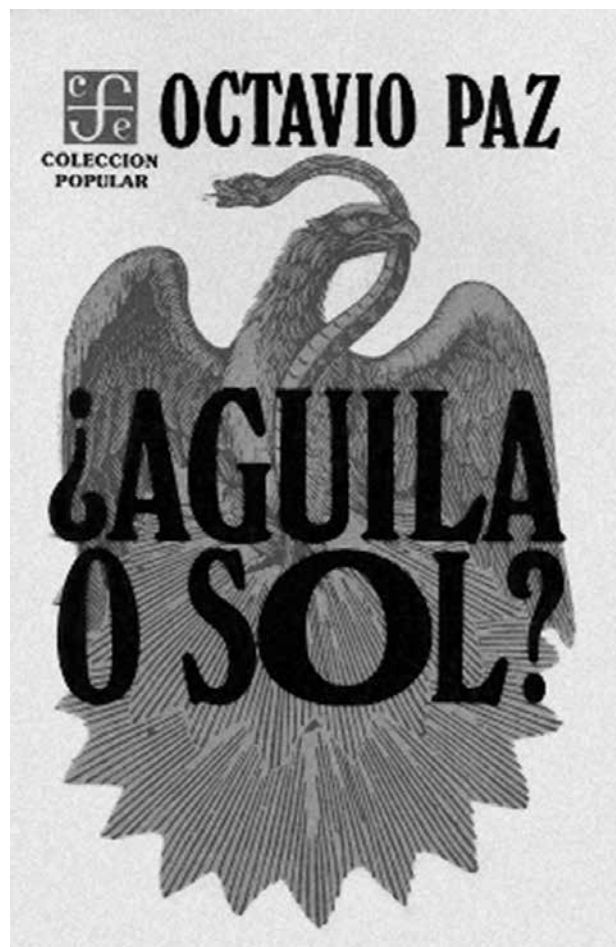
Los textos de “Arenas movedizas” se mueven en un ambiente largamente frecuentado por el autor de *Ficciones*. La eterna encrucijada con el otro y el anhelo de interpretación metafísica invaden los textos de Paz. Asimismo, la soltura del manejo de la ironía con lo cotidiano, tan cara a Borges, se deja ver sin pudores. Y, desde luego, la irrupción de lo inaudito, como en Macedonio Fernández, confiere la sorpresa en la selección de vocablos para que el texto se proponga inclasificable. Aunque también, en algunos momentos —particularmente en “Mi vida con la ola”—, las páginas pacianas se pueblan de veleros, muelles y caracolas marinas; así la del chileno —como las otras— es una voz que va adquiriendo matices particulares.

En efecto, Paz sabe que se mueve en un terreno en el que tiene que probar sus fuerzas. Vislumbra el camino —lo conoce—, pero se prepara para entrar en él sin posibilidad de retorno en derrota. Por eso se notan más las voces, pero ya son voces en un código distinto: español de México. El poeta ha confirmado que la patria del escritor es su lengua. Pero también sabe que las modalidades del idioma determinan una visión del mundo y una ideología. De muchos modos, el poeta fue decantando las voces que le fueron desbrozando el camino; y estas voces son, fundamentalmente, de la poesía en español. La influencia francesa fue posterior.

Ahora bien, con la parte del lenguaje que le corresponde para construir su universo de signos, Octavio Paz se considera suficientemente armado para ingresar al otro estadio de su proyecto: el de la unión con la Palabra. La palabra ya intransferible, tocada con todos los matices del idioma, pero única e irrepetible, la que distingue a un poeta de otro; la que señala al Poeta.

La tercera parte del libro es la que le da título. Y de acuerdo con lo antedicho, corresponde a la vía unitiva. Ya en ésta el poeta se siente completamente seguro de sus armas y crea su discurso de la única manera posible: con el dominio de la Palabra por el que preparó el camino. Y es cierto, los textos de esta última parte, sintáctica y semánticamente, no se parecen a los otros. Son poemas en los que Octavio Paz se construye un universo para sí mismo. Y está consciente de ello. Como el poeta náhuatl que regresa del reino de la poesía para enseñar a sus cofrades, Paz siente que logra la unión definitiva con el mundo de lo inefable.

Uno de los textos de este apartado —“Salida”— es posiblemente uno de los poemas más bellos en lengua





española. De éste, dos citas podrían resumir ese sentimiento de plenitud en que se instala el poeta. En primer lugar el cambio de fórmula de los místicos. Para ellos, en este momento, lo importante era perderse para ganar otra voluntad —la divina—; para Paz es reencontrarse para ganar el dominio de la Palabra: “Al cabo de tanta vigilia, de tanto roer silogismos, de habitar ruinas y razones en ruinas, salgo al aire.”

Después de eso, del dominio y de la unión viene la ofrenda. No se puede dar lo que no se tiene. Por eso el poeta sí ofrece lo que ha logrado conquistar: “Ven, amor mío, ven, a cortar relámpagos en el jardín nocturno. Toma este ramo de centellas azules. Ven a arrancar conmigo unas cuantas horas incandescentes a este bloque de tiempo petrificado, única herencia que nos dejaron nuestros padres”. Punto final del poeta que “merece lo que sueña”. Punto final de una lucha por conquistar la Palabra.

¿Águila o sol? es un libro central en la obra de Octavio Paz. A partir de allí pueden entenderse muchas de sus actitudes. Sus compañeros de generación lo recuerdan como alguien que caminaba más de prisa. Efraín Huerta reconoció que su “hora”, la de gran poeta, había sonado siempre, pero que olvidaba aspectos importantes de la vida, como su propia producción inicial, sobre todo *No pasarán*. Después de *¿Águila o sol?* Octavio Paz sólo publicó otro gran libro de poemas: *La estación violenta*, que contiene algunos de los poemas mayores de la poesía en español. No es poca cosa. A partir de allí, sólo algunos poemas notables que, si bien han calado en la crítica,

no han sido recibidos con igual fortuna por el grueso de los lectores, siempre más celosos con sus preferencias.

Y es, desde luego, indispensable referirse a su figura pública. La soberbia necesaria del poeta para conquistar universos de palabras la llevó al aspecto humano. Como figura pública dejó qué desear. No se le conocen rasgos de generosidad con los jóvenes, por ejemplo, y sí un cúmulo de intereses que conspiran contra su obra. De hecho es más famoso que leído; y sus nexos con Televisa y sus apologías de los gringos lo tuvieron siempre en primera plana, pero discutido. Su dominio de la poesía lo condujo a sentirse portavoz de lo mexicano. Y como su prosa es deslumbrante —“es poeta hasta cuando escribe poesía”, dijo Elías Nandino—, el sofisma enmascara realidades.

Sin embargo, parece obvio decirlo, es una de las figuras centrales de nuestra historia literaria. Su lectura y análisis constituyen una necesidad de primer orden. Puede ser discutido, pero no negado. Los turiferarios le hacen poco favor. La intensidad del incienso no deja ver la real dimensión del poeta. Ahora se presenta una nueva —y buena— oportunidad para leerlo. La soberbia necesaria impresa en *¿Águila o sol?* —“el poeta es un pequeño Dios”, escribió Huidobro— puede ser un buen punto de referencia. En este libro confirmó sus posibilidades como poeta; y en él supo también que “todo poema se cumple a expensas del poeta.” ■

Ciudad Nezahualcóyotl-UAM-Azcapotzalco,
invierno de 2014.